



ROSER VILALLONGA

Alan Abel, fotografiado junto al CCCB el pasado miércoles

Alan Abel, padrino de la falsificación mediática, habla hoy en The Influencers

Los perros, mejor vestidos

JUSTO BARRANCO
Barcelona

Fundador de la SINA, la sociedad contra la indecencia de los animales desnudos: creador de una escuela de mendigos en plena crisis económica de los 70; representante de la organización Ciudadanos contra el Amamantamiento, porque produce fijación oral, adicción al tabaco y homosexualidad; e incluso supuesto hombre con el pene más pequeño del mundo según un documental de una cadena americana, Alan Abel, que participa en el festival The Influencers (hoy, 21.30 horas, en el CCCB) lleva décadas dedicado a engañar a los medios de comunicación, que, pese a la insistencia, siguen cayendo en sus bromas.

“Entre mis objetivos está gente situada en altos puestos que merecen que les gasten bromas, que pinchen su burbuja”, dice. Pero, ¿por qué empezó? “Quizá era que como profesor tenía 25 o 30 estudiantes y prefería una audiencia de dos o tres millones”, sonríe, y muestra las dos portadas del *San Francisco Chronicle* en las

que aparece hace cuatro décadas vistiendo a un perro o a un elefante. También recuerda la manía que le ha tenido durante décadas el presentador de la CBS Walter Cronkite, que lo llevó a su programa por ese asunto. En su opinión, los periodistas deberían ser más conscientes de lo que hacen y “desafiar cada milímetro de evidencia, como hacen los forenses con los crímenes”.

Aunque para Abel, “la clave es que todos queremos creer, aunque sea que la cara de Jesucristo se ha aparecido en una tostada. Somos crédulos, y queremos creer que si trabajamos duro, vamos a la iglesia y utilizamos la regla de oro de hacer a los demás lo que querías que te hicieran a ti, seremos recompensados, pero la vida no es una ciencia exacta. Cada uno tiene un número y cuando le toca... Yo no me preocupo porque ya he visto mi obituario (engañó a *The New York Times*) y tuve más espacio que el inventor del pack de seis que murió ese día”. En el fondo, dice, es una cuestión de humor, porque “la risa es el único tranquilizante sin efectos secundarios”.